

entonces, mediante la industria y traza de doña Juana, cuyo amoroso y doliente espíritu, si por algún camino pudo recibir alegría, esta privación impensada, no sólo se la dió, mas dobló su consuelo; porque es, sin duda, el mayor de una celosa pena; pues al fin no se fomenta su dolor imposibilitada la causa de él.

Aunque no por esta dificultad dejaban de comunicarse los amantes, que prevenidos antes por lo que pudiera suceder, remitieron la prosecución de su empresa á una cinta, en la cual, esperando ocasión, el uno ataba sus papeles y el otro recibía sus respuestas; mas como Laurencia totalmente ignorante en el daño que hacía no encubriese á doña Juana éste y sus más interiores pensamientos, también fué sabidora dél, aunque con diferente efecto de su pecho, porque deseando no dejarse morir en semejante desesperación, apenas entendió la discreta traza, cuando en su idea la eligió por último reparo de su vida.

### CAPITULO LIX

#### *Intercadencias del amor de don Lope y otros nuevos sucesos mayores.*

**P**ASABA la suya don Lope en este tiempo con poco gusto, nacido tanto de las dilaciones de su amor, cuanto porque realmente, desde la primera intercadencia que en él hubo, más por propia

reputación y enfado de sus enemigos, que por fuerza de voluntad, perseveraba en su demanda; así que esto y el ser tan llena de peligros como infructuosa, le hizo que poco á poco fuese prevareciendo en ella. Semejante tibieza, que como mala nueva, aun antes de consultarse llegó á noticia de su dama y de su boca á los oídos de la ya convaleciente doña Juana; la apresuró su resolución, temerosa de que desistiendo en su afición don Lope, quedaba sin remedio, el que para entenderse en la suya tenía maquinado; con que sin más tardanza, porque á la fuerza y necesidad de amor ni hay ley que la reprima ni precepto tan grave que la mitigue, pues ella sola, con más facilidad, rompe y atropella las del honor; pospuesto éste, su fama y reputación, el temor de sus hermanos, la venganza de su padre muerto y el odio intrínseco por tantas heridas recibidas, determinó la ejecución de sus intentos en la manera que presto entenderéis.

No del todo declaradamente había don Lope desistido en los suyos; antes, sabida la mejoría de doña Juana, con la esperanza de volverse á ver presto con su dama, acudía á la correspondencia de sus papeles, en cuya prosecución, yendo por la respuesta de uno que la noche antes había escrito, hallándola en la parte asignada, la tomó, y queriendo, para mejor leerla, dar la vuelta á su casa, previno su deseo el parecerle que, así en el manejo como en el mayor peso del billete,

mostraba en sí diferente novedad que en los pasados, con que, sin esperar á más, llegando al cobertizo de una iglesia en quien había una lámpara, abajándola y rompiendo la nema, apenas desplegó sus dobleces cuando salió del último un rayo penetrante que le atravesó las entrañas, pues con verdad puedo decir que no menos sangriento y poderoso fué el efecto que hizo en ellas el retrato de un monstruo, de un portento de hermosura y belleza que se descubrió ante él. Este acaemiento notable, y el ser la letra que miraba de ajena mano y diferentes señas, acrecentó, y con razón, su turbado espíritu, si bien teniendo tan cerca el desengaño, embarazados el sentido y los ojos en la divina efigie, aún no acertaba á valerse de él, hasta que satisfecho de que en sujeto humano no podía haber tan rara perfección, queriendo saber á qué efecto Laurencia le escribía de otra letra y con la enigma de aquel pintado serafín, poniendo su lámina en el pecho, dió principio al billete y á su mayor confusión de aquesta suerte:

*Doña Juana á don Lope.*

«Sabe el piadoso cielo á quien hago testigo de mi honrada resistencia, las penas, los tormentos, lágrimas y dolores que en perseverar en ella me ha costado, pues por no verme rendida á semejante liviandad he querido primero padecellas y aun dejarme desesperadamente llegar á los fieros

umbrales de la muerte. Mas si la última ruina de mi casa infeliz está ya de lo alto subordinada á vuestro brazo, de quien ni el valor de mi difunto padre ni la audacia de mis desterrados hermanos han podido ampararse, ¿cómo la frágil fuerza de una mujer había de ser bastante á contrastarla? Al fin, don Lope, hoy permiten los cielos que, en vez de las venganzas tantas veces contra vos repetidas, sea mi alma víctima y último sacrificio de vuestra voluntad, para que de esta suerte no le reserve cosa de vuestros enemigos que no sienta su rigor y poder. El efecto que de éste reconozco desde el punto en que Laurencia me dió de vos noticia, es de tal calidad, que ni me atrevo á reducirlo á palabras ni los raudales de mis amargas lágrimas han dejado lugar en el papel para escribirle; y así, aunque temerosa de semejante arrojamiento, cierta de que vuestro noble pecho sabrá darle disculpa, le remito, siendo vos servido á nuestra vista, si bien ésta quise primero granjearme y merecerla enviando á pedirlosa con semejante mensajero, al cual os ruego tratéis con el secreto y hospedaje que debéis á su original, y, sobre todo, con mejor acogida, que de mi desdicha y muchas partes de la hermosura de Laurencia puedo prometerme. Dios os guarde y á mí me haga agradable á vuestros ojos, que si tan buena suerte me sucede, seguramente podré esperaros mañana en la misma hora y ventana que sabéis.»

## CAPÍTULO LX

*Háblanse doña Juana y don Lope sin sabiduría de Laurencia.*

TALES como ya habéis leído fueron las últimas razones con que acabó don Lope de leer el tierno y amoroso papel de doña Juana, en cuyo hermosísimo retrato, volviéndole á sacar del pecho, elevando á su contemplación, y pasando otras mil veces por los ojos el billete, sin saber lo que le había sucedido, casi en medio de tan extraordinaria suspensión hubiera de cogerle el día, por lo cual, temiendo ser hallado en semejante lugar, hubo de proseguir el camino de su posada, adonde arrojándose en el lecho, así vestido como estaba, sin dormir ni comer, pasó la mayor parte del día, y esto con tan maravillosa confusión y desasosiego que, como enajenado de sentido, así en el semblante de su rostro como en las demás acciones de su persona, daba justamente á presumir á los criados, que con silencio le miraban, ó que hubiese lastimosamente perdido el juicio, ó que sin duda maquinase en su idea alguna empresa ó jornada gravísima, como verdaderamente en esto último no se engañaban, porque nunca don Lope, aun habiendo manejado cosas tan grandes, se halló en su mayor aprieto con igual aventura.

Ella era, por cierto, según los casos y muestras sucedidas, en el presente estado bien digna de consideración, y tanto, que á no tener en el bello retrato tan valiente estímulo que le animase, y en el premio ofrecido tan agudo acicate que aligerase sus deseos, pienso que doña Juana se hallara corrida y burlada en su determinación; mas esta dama anduvo tan prudente en el enviar el retrato como discreta en la disposición del papel, pues uno y otro aseguraron el temor de don Lope, y granjearon su voluntad de suerte, que ni la evidencia del peligro ni la sinrazón y lástima de injuria tan afrentosa le pudieron mover de su propósito; y así, no reparando en la correspondencia antigua de Laurencia, ni menos en los medios con que doña Juana había de gobernarse, remitiéndose en todo á su prudencia, puso resueltamente la vida y honra en sus manos.

Con semejante determinación, habiéndose sosegado algún tanto, esperó la noche, y juntamente con ella la hora deseada, en la cual, vestido un fuerte jaco y con armas al hecho convenientes, sin compañía ninguna por la importancia del secreto, poco á poco se fué acercando al puesto, en quien, después de haberle bien reconocido, oyó que sentidos sus pasos iban de la parte del jardín abriendo las ventanas; con que acercándose á ella, apenas doña Juana se dejó ver, cuando aun sin poder llegar á la reja quedó inmóvil, gozando como en éxtasis de aquel si-

mulacro de hermosura, y confiriendo en él el presente gusto que había hasta entonces tenido por gloria imaginada, ni la lengua pudo hacer su oficio, ni las plantas llegar más adelante.

Pasó, en fin, la turbación de este accidente, y llegándose á menor distancia el uno al otro, sin mover los ojos, por largo y dulce término se retrataron en ellos, hasta que don Lope, vencido de su justa cortesía, rompió de aquesta suerte su silencio:

—¿Es posible, único y solo portento de hermosura, adoración de los humanos, que los ojos de vuestro mayor enemigo, indigno por tales causas de asistir á tanto resplandor, han merecido veros y contemplaros tan de cerca? ¿Qué venturosa estrella, qué astros ó qué influjos dichosos miraron aquel día mi nacimiento, pues haciéndome en vuestra dulce vista agradable, juntamente inclinaron la voluntad á sacarme de las tinieblas en quien hasta ahora he vivido? ¿Qué secreta deidad rigió mis pasos, ó qué piadosos sacrificios han merecido por descuento tan inestimable galardón? ¡Oh ventura incomprensible! Feliz sea mil veces el punto y hora en que miré á Laurencia, ocasión de tantas dichas y mil veces bien empleados y dichosos los desvelos, movimientos y acciones gastados en su empresa, pues á costa de tan breves servicios y con el sudor de tan cortos trabajos, he descubierto mina de tan incomparable tesoro, joya de tan inesti-

mable precio y, sobre todo, alivio, que si alguno en esta vida mortal puede ser comparable al de aquellos divinos y Eliseos Campos, á él solo se le debe semejante igualdad. Digan, pues, ¡oh hermoso dueño mío!, más apriesa mis ojos lo que como incapaz de tanta gloria ignora y calla mi lengua, porque aun mi alma propia no sabe más que sentirlas, como ni su humildad agradecerlas.

—Bien confiada estaba yo, respondió doña Juana (atajando su plática), que de tan noble y cortesano caballero había de ser mi voluntad correspondida con demostración semejante, aunque si bien no me podréis con ella poner en mayor obligación, pues la mía ha llegado, sin poderla reprimir, al más subido grado, todavía vuelvo á ratificar en vuestra presencia la fe que para siempre os será inviolable. Vos, don Lope, habéis sido después de mis hermanos el primer hombre de quien aun mis ojos tuvieron particular noticia, y el que sólo por ellos tomó la posesión de mi alma, y así, vivid seguro que, bien ó mal pagada, no saldréis de ella mientras la vida me durare, ni otro ocupará el lugar que vos solo merecisteis, aunque por ello haya de perderla mil veces. No os pido en recompensa de este amor más finezas que las que vuestro gusto dispusiere, porque ni de qué viva ó muera en él Laurencia harán menguas las mías ni de su amor y vuestra perseverancia formaré agravios.

Con esta carga emprendí esta hazaña, y cuando yo sea tan desdichada y vos tan desconocido en la desigualdad de nuestros méritos que no queráis proseguirla, pagaránlo en silencio mi sufrimiento y lágrimas, mas no vuestro sosiego y mi correspondencia.

### CAPITULO LXI

*Prosiguen estos nuevos amantes sus tiernos coloquios, quedando interrumpidos por un caso notable.*

No quedaron estas palabras últimas y celosos temores sin la satisfacción y promesa que doña Juana merecía; y así, deseando sobre todas las cosas el apasionado caballero el firme apoyo de su nueva voluntad, procuró acreditarla con amorosas réplicas, entre las cuales, habiendo entendido el origen y principio de su afición y la enfermedad de doña Juana, también supo cómo para escribirle se había apoderado de la misma industria de Laurencia, que como ella le comunicase sus papeles, fuéle fácil el verla atar el último y el quitarle después sin ser sentida, poniendo en su lugar el del retrato; con que pareciendo cosa conveniente, para su mayor quietud, de acuerdo y consentimiento de su dama, quedó asentado que don Lope prosiguiese entreteniendo á la pobre Laurencia, á quien para po-

der venir seguramente á aquel puesto había dejándose en profundo sueño, sacando primero del poder de su madre las llaves del jardín, que siendo todas estas diligencias en su modo, de igual peligro, aun con más evidencia conoció don Lope la verdadera fe con que era amado.

Dos horas habría que los nuevos amantes, en apacible plática, gozaban las primicias de su voluntad, cuando oyendo don Lope un recio golpe, como de persona que se había arrojado ó caído de alta parte, ó tras de aquesto algún fácil rumor, algo alterado, hizo que muy aprisa cerrase doña Juana las ventanas, y con la misma brevedad, aun sin despedirse, abajándose al suelo, para mejor encubrirse y descubrir lo que era, se metió entre unos altos malvares y carrizos, desde adonde, con más seguridad, vió en un instante cubierto de hombres y armas aquel sitio. Cualquiera por de corto discurso que sea conocerá en tan triste suceso el temeroso y afligido aprieto con que se hallaría don Lope salteado; el cual, dándose por perdido y presumiendo que hubiese sido alevosamente vendido, ya que tan cerca juzgó su amargo fin, se arrevolvió así mesmo á vender por muchas vidas su temprana muerte; y así, con valiente ánimo dispuesto, esperó, como quien deseaba dilatar aquel breve espacio de vida, á que sus contrarios le hallasen y embistiesen; los cuales, acercándose juntos á la puerta del jardín, y habiéndose aguardado un

corto término, vió que después de él, entendido de adentro el contraseño, abriéndoles con recato y silencio, se iban entrando sin curar de otra cosa, hasta que no quedando ninguno, vuelto á cerrar el jardín, dejaron aquel sitió en el mismo silencio y seguridad, con que más alentado, apreciando desde aquel punto su vida milagrosa, poco á poco se fué desviando hacia la parte de la muralla, que era la misma por donde aquellos hombres habían venido, y en quien, apenas puso los pies don Lope, cuando entre unas grandes sombras que hacían los torreones y barbacanas, divisó un golpe de caballos, que á su ver asistían á los que estaban en la ciudad, de cuyo riesgo y perdición, temeroso y cuidando no hubiese igual daño por las demás partes del muro, indeterminable en su resolución, estuvo algo confuso; porque sospechando por cierto que eran los dos hermanos de su dama, y satisfecho de que en su fe y amor no había el doblez que al principio de aquel fracaso presumió, como ya informa en su pecho otros más blandos y menos vengativos espíritus, quisiera disponer el peligro de la ciudad sin que le recibiesen tan grande cosas de una mujer á quien él debía tan maravillosa voluntad.

En efecto, regido de este generoso pensamiento, él solo, por no alborotar sin tiempo ni lugar, requirió sus murallas y puertas, y previniendo los soldados y guardas muy despacio, se volvió á su casa, en quien puesto á caballo, con algu-

nos criados y amigos que mandó avisar, y haciendo juntamente que en San Román tocasen las campanas, cierta señal para que la gente del rebato acudiese á sus casas, cuando le pareció que ya los dos hermanos, oyendo el alboroto, se habrían puesto en cobro (como al fin sucedió) á buen paso, debiendo salir por la puerta del Cambrón, guió á la de Visagra y luego al lugar en quien la tropa había descubiértose; desde adonde, conocida la huella de los muchos caballos que huían, fueron á rienda suelta en su seguimiento, aunque fué por demás su diligencia, porque con las muchas que para su remedio hizo el gallardo don Lope, llevaban grandísima ventaja; con lo cual, desconfiando de alcanzarlos, y pareciéndole estaban bien fingidos sus deseos, mandó tocar á recoger, disimulando el buen suceso de ellos y el sobrado contento de haber tan á su honra dado la vida á los dos valientes Palomeques y hecho á su querida hermana tan importante servicio, no obstante, que como después sabréis, hubiera aqúeste de costarle el sosiego, la hacienda y aun la vida y reputación; mas sin prevenir estos cuidados, todos los atropelló el noble caballero, teniendo en más estima el haber podido vengarse, que la satisfacción de sus enojos y ruina de sus mortales enemigos; porque en el generoso y magnánimo, la mayor venganza y castigo es no ejecutarla, pudiendo.

## CAPITULO LXII

*Don Lope, divertido en sus amores, falta al recato y seguridad de sus cosas, con que impensadamente salteadas, se viene á ver en un mortal peligro.*

Lo restante del día y parte de la noche descansó don Lope, si bien, aun en tantos desvelos, no excusó el ver á doña Juana, de quien temía (y no poco) hubiese sido sentida en el rebato; y así, á la hora acostumbrada, ya él estaba en el puesto, habiendo antes, y con la industria y traza que otras veces, recibido un papel de Laurencia, y puesto para mejor engañarla y divertirla, otro en su lugar, con que, disculpando su remisión, ella quedó en su olvido, y don Lope, en saliendo su dama, fuera de sus temores y sospechas; porque no sólo supo de su boca el término que tuvo para salirse del jardín sin ser sentida, mas el que la sobró para poner con igual suerte las llaves en buen cobro, con lo cual, sumamente contentos, en particular doña Juana, no sabía con qué exageraciones y palabras encarecer la satisfacción que su amante mostraba en su voluntad, pues justamente pudo antes temer que, según el suceso de la primera noche, quedara para siempre imposibilitada de su vista. En fin, clara y abiertamente le confesó la venida de sus herma-

nos, aunque de ésta, como cosa también sabida de él, no hizo en su pecho alguna novedad; no obstante que la ocasión que los había traído, la causó, y muy grande, porque era no menos que á tratar con su madre y hermana la última y final conclusión de un casamiento, que muchos días antes se le estaba tratado. Conviniéronse en que, hasta tomar mejor acuerdo, esto se fuese por doña Juana dilatando, de quien, diciéndola primero lo que la pasada noche había dispuesto, para la seguridad y peligro de sus hermanos, se despidió don Lope, dejándola de nuevo amantada y agradecida. Mas como en los amantes son siglos los momentos que interrumpen sus gustos, no se pasaron muchos sin volverse á ver.

Laurencia, en este tiempo, consumiéndose, divertía los tristes días de estas intercadencias y engañaba sus prolijas horas con la esperanza alegre que de ver á su amante la daba doña Juana; que como ésta estuviese solamente en su mano, fingiéndose unas veces mal convaleciente y otras diferentes achaques, érale fácil disponerlo á su gusto y fomentar en él las ansias y congojas del engañado huésped. También don Lope, advertido de su dama, no pocas veces lleno de pasión amorosa, ignoraba el medio y la elección menos sangrienta para salir de tanta confusión; porque, si por una parte conocía el peligroso punto de su casamiento aplazado, por otra el riesgo de excusársele, sin renovar ven-

ganzas y acrecentar enemistades y violencias, le ponía en mayor cuidado.

Todo esto conferían entre sí los dos tiernos amantes, y en todo hallaban inconvenientes y dificultades invencibles; porque, como prudentes, sabiendo que los consejos temerarios, cuanto al principio son de alegres y, tratados, duros y pertinaces, efectuados suelen salir amargos y tristes, quisiera cuerdamente no despeñarse en semejantes daños; más como los que ya el cielo tenía determinados se apresurasen por la posta, ni pudieron antes tomar mejor acuerdo, ni menos prevenir su desdicha. Y así, la última noche en que estas cosas dulcemente conformes se comunicaban el uno al otro, con ímpetu soberbio rompió su tierna plática el repentino escándalo de mil confusas voces los clamores de diversas campanas, el temeroso estruendo del artillería, los golpes de las armas y las respuestas de los arcabuces, con que salteado lastimosamente acabó don Lope de conocer su perdición y el mal cobro en que sus desvelos amorosos habían reducido su ciudad, sus amigos, sus deudos y su vida. Despidiéndose con tiernas lágrimas intentó volver á su posada, si bien antes de llegar á ella supo que la ciudad era entrada, y ella, con las de sus mayores amigos, echadas por el suelo: furioso y vengativo efecto de sus contrarios, los cuales, alentados y prevenidos con el descuido y poco recato que hallaron la noche de su entrada

y mayormente por lo mal que fueron rebatidos de don Lope, ejecutaron ahora animosamente su intento; y con tan acertada disposición, que primero estuvieron apoderados de Toledo que fuesen sentidos; y como el quitarse de delante á don Lope era lo más esencial de su empresa, así emplearon la mayor furia de ella en su casa, aunque no hallándole, la entregaron al fuego, y pasando adelante se enseñorearon del alcázar, plazas, puertas y famosas puentes.

### CAPITULO LXIII

*Ocúltase de sus enemigos don Lope, y ausentes ellos, vuelve á ver á su dama.*

¡OH miserable fortuna de la vida humana: cuán llena de inconstancias eres; cuán rodeada de mudanzas y peligros! Véis aquí nuestro noble y *perfecto* caballero, no sólo desposeído de tan superior mando y grandeza, sino juntamente convertido en un retrato lamentable de sus miserias; porque si le consideramos cercado de tan mortales enemigos, también le hallaremos sin casas en quien defenderse, sin amigos de quien ampararse, sin criados de quien favorecerse y, finalmente, sin puerta sin salida, para escaparse de tales desventuras. Mas como de los trabajos y peligros muestra el altivo y generoso espíritu mayor fortaleza, mayor ánimo, valiéndose del



suyo con subido consejo, se arrojó en la primera casa que halló abierta; adonde no sólo fué amorosamente recibido, mas pudo fácil y seguramente confiarse de sus dueños, los cuales, como si fuera hijo ó padre suyo, le guardaron tan bien, que, aunque las diligencias de sus contrarios pasaron de límite, sus pregonos, amenazas y promesas de término no tuvieron efecto, ni tan graves temores fueron bastantes á descubrirle.

Andaban con tan impensada desdicha todos sus parciales ausentes, sus criados desterrados y sus aficionados encogidos; y así, considerando cuán mal por entonces podía ser de aquéllos ayudado, haciendo á tantos males valiente resistencia, esperó constantemente más sazonado tiempo para su libertad; la cual no se le dilató muchos días; porque la fortuna, que siempre favorece á quien contrasta la violencia de sus excesos, ordenó las cosas de sus enemigos de tal suerte, que les fué forzoso, aunque dejando bien asegurado su partido, hacer ausencia de la ciudad ocasionada de algunas sediciones y alborotos importantes de los mejores lugares de la comarca; que siéndole esta nueva á don Lope notoria, sin perder coyuntura con gran secreto, previno, su partida, aunque con igual y mayor cuidado, en medio del rigor de tan grave peligro no se olvidó de su dama, cuya casa queriendo, desconocido por la seguridad, ver la siguiente noche y consolarse besando sus dichosas paredes,

fué á tan venturoso punto, que como de allá no hubiese menos firmes deseos, menos afligimientos y cuidados, halló que, prevenido su pensamiento, le esperaba en la cinta que salía un papel, que abriéndole y conociendo la letra de doña Juana, leyó en él estos breves renglones:

«Si el cielo ha conservado vuestra vida y os atrevéis á verme, ejecutadlo sin dilación, porque en ésta consiste la mía y vuestro gusto.»

Bien advirtió don Lope que, pues su dama así lo disponía, no sólo habría seguridad bastante, mas juntamente precisa y grave causa, y como á los atrevidos no sólo la fortuna, más aún, el mismo amor les favorece, intrépida y resueltamente se dispuso al peligro, adonde muy sin él, dentro de breve espacio, llegó doña Juana, tan sentida y llorosa, con sus tristes sucesos, que si fuera en su mano, fácilmente conociera el amante la desigualdad de su estimación y aun el desprecio de la victoria y reputación de su sangre. Mas no desvaneciéndose en su encarecimiento, sin mayor dilación la hizo saber cuán adelante (en la determinación de sus hermanos) estaba su aborrecido casamiento y otras semejantes razones á su propósito, con que dispuesto el ánimo de don Lope, brevemente ordenaron el último y forzoso remedio.

En conclusión, doña Juana se arresolvió á dejar su casa, y para ejecutarlo más á su honra, haciendo á las estrellas y á los cielos testigos,

dió de esposa la hermosa y blanca mano al perseguido y venturoso caballero, que, como absorto y elevado en semejante gloria, olvidado de sus graves desdichas, asistía á ella. Con esto, asignando su ida con limitado término, dieron la vuelta entrambos á prevenirla, y ciertamente que por ningún camino se le pudiera trazar mayor venganza de sus contrarios, si como ello quedaba concertado sucediera; pero como aquella su influyente antipatía no cesaba en su curso, de donde presumieron su mayor descanso, casi hubieran de hallar su última ruina.

#### CAPITULO LXIV

*Laurencia sigue esta misma noche á doña Juana, y es testigo (escondida) de su amor y conciertos; avisa de ellos á los dos Palomeques, y en tanto doña Juana se sale de su casa.*

FUE el caso, pues, que como doña Juana, regida solamente de su ardiente deseo, aquella misma noche, en sintiendo que el papel de la cinta habían tomado, quisiese conocer luego la experiencia de su efecto, debiendo primero esperar á que Laurencia estuviere bien sosegada, ella que con iguales penas velando padecía, no sólo advirtió curiosa en su nueva inquietud, sino que, fingiéndose dormida, aguardó el suceso, y en viéndola salir siguió sus pasos, y sin ser sen-

tida, desde su aposento mismo hasta el jardín y ventana adonde ya doña Juana estaba hablando, llegó (no sin grave y maravillosa confusión del caso impensado) á salir de su engaño al conocimiento de don Lope, y finalmente, ser testigo de sus conciertos y bodas. Queda á la consideración del lector los rabiosos y mortales efectos que causarían en su alma tan declarados celos, y mayormente ocasionados por su amiga y huésped, por el archivo y depósito de sus malogrados empleos, pues fué notable muestra de su varonil pecho el poder reprimir sus sentimientos, sin hacer con su boca público alarde de su afrenta y dolor.

Mas disponiendo en su ánimo una horrible venganza, antes de ser sentida se volvió al aposento, en quien con infinitas lágrimas y abrasados suspiros celebró amargamente las obsequias de su difunto amor hasta el siguiente día, en quien, con el mismo deseo y resolución, escribió cuanto pasaba á los dos caballeros, valiéndose para esta sangrienta diligencia de un criado de su padre, que siendo el mensajero, no paró hasta llegar á Torrejón, en cuyo asedio, hallando solamente á don Fernando, le dió las cartas. Mas antes que en la prosecución de la venganza de esta mujer pasesmos adelante, es justo que se advierta que aunque los dos amantes anduvieron en el recato de sus conciertos tan desdichados, no del todo les cerró sus puertas la fortuna, porque quiero que

entendáis que su enemiga, si bien pudo oír la palabra que se dieron, no así con cierta distinción el acuerdo y resolución de su partida. Además, que nunca ella presumió que el dejar su casa fuera tan brevemente, ni por el camino que quedaba trazado, porque si esto alcanzara, fácilmente pudiera prevenirlo con su misma madre. Así que, advertido este punto, el aviso que hizo sólo fué por mayor del casamiento con su contrario, de la injuria de su casa de la parte de su comunicación y el peligro y sospecha de su fuga afrentosa.

Este despacho fué en alguna manera favorable á doña Juana, porque embarazada en él Laurencia, pudo mejor prevenirse, sin tal testigo, de muchas cosas convenientes á su intento, y así mismo, en obra semejante, gastó don Lope el día, que, como le faltaban criados, sólo se aprovechó de dos, que así como él se habían hasta entonces escondido; y así, al uno mandó que le asistiese aquella noche con sendos caballos entre unas huertas, y con el otro avisó á los demás, que en una fortaleza se habían asegurado en lo más áspero y fragoso de los vecinos montes. Y dada tan buena orden, en siendo la mitad de la noche, no obstante que con su claridad la luna les ayudaba poco, doña Juana abrió la puerta del jardín y se puso en las manos de don Lope, y él, con tiernos afectos, recibéndola en sus brazos, sin dejarla de ellos, siguió con bre-

ves pasos á la vecina muralla, en quien atándola blanda y seguramente con una fuerte cuerda, en un instante ya estaba en medio de aquel campo, siguiéndola él con la misma facilidad y buena suerte.

Había don Lope mandado á su criado que, como habéis oído, esperase con los caballos entre unas huertas; tanto por el secreto conveniente, cuanto porque, estando tan desviados y fuera de sospecha, se aseguraba su negocio mejor que no si los hallaran junto á sus muros ó entre la barbana. Por esta razón, temiendo ahora el cansancio de su dama y, sobre todo, el peligro de la tardanza, quiso remitir á sus hombros aquel dulce trabajo, que, entendido por ella, no fué posible con razones y ruegos persuadirselo; con que, de su voluntad y parecer (quedando entre las hierbas escondida), haciendo alas los pies, partió por los caballos; si bien, aunque la brevedad fué diligente, no sucedió la vuelta de la suerte que doña Juana y su temor pedían.